

Colosenses 2:6-15

Sermón Colosenses 2:6-15 Décimo domingo después de Pentecostés. 2007

Gen 18:20-32; Lucas 11:1-13

Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él,⁷ arraigados y sobreedificados en él y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias.

Plenitud de vida en Cristo

⁸Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas basadas en las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo.

⁹Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad,¹⁰ y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad. ¹¹En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha por mano de hombre, sino por la circuncisión de Cristo, en la cual sois despojados de vuestra naturaleza pecaminosa. ¹²Con él fuisteis sepultados en el bautismo, y en él fuisteis también resucitados por la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos. ¹³Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados. ¹⁴Él anuló el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, y la quitó de en medio clavándola en la cruz. ¹⁵Y despojó a los principados y a las autoridades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.

Cuando mucha gente se había alejado de Cristo, dejando de seguirlo, Jesús dirigió una pregunta urgente a sus discípulos: “¿Queréis acaso irnos también vosotros?”. La respuesta enérgica de Pedro fue: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.”

Los cristianos en Colosas enfrentaban la misma pregunta. Maestros falsos alegando una tradición filosófica de larga trayectoria mantenían que Cristo no era suficiente. Si realmente querían estar en comunión con lo divino, deberían también tomar en cuenta otros poderes y autoridades espirituales, deberían guardar ceremonias y tradiciones, deberían rendir culto a ángeles, etcétera, etcétera.

Pablo escribe para un pueblo que está tentado a dudar de la suficiencia de Cristo, de lo completo de la salvación en él. Su situación no era muy diferente de nosotros, que también estamos en una sociedad que muchas veces no da gran importancia a una estrecha relación con el Señor Jesucristo ni la cultiva. Nosotros también necesitamos saber que **Estamos completos en Cristo**. Veremos que con Cristo tenemos **completo perdón**. También veremos que en Cristo tenemos **completo poder**.

Preparando algunos materiales para una de mis clases esta semana, encontré una cita de un autor musulmán. Dijo que los musulmanes se sorprenden de que los cristianos no entienden que ellos honran altamente a Jesús. Que lo consideran uno de los más grandes profetas de Dios, que nació de una madre virgen, etc. Pero cualquier cristiano que conoce lo que tiene en Cristo jamás se puede contentar con esto. Porque ellos no lo consideran el Salvador. No lo consideran el Hijo de Dios. No lo consideran siquiera el más grande de los profetas, un honor que atribuyen a Mahoma. Consideran a Cristo como grande, pero no lo consideran como suficiente.

Lo que Pablo nos proclama en este texto es que Cristo no sólo es grande; es todo. “En él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad”. El Cristo a quien hemos llegado a conocer y en quien creemos es Dios mismo, pero en carne humana. Hubo una canción hace tres o cuatro años, “¿Qué tal si Dios fuera uno de nosotros?” La verdad es que Dios se hizo uno de nosotros, nuestro hermano. Compartió nuestra carne y sangre. Vivió entre nosotros en esta tierra. Creció, aprendió, caminaba, comía, dormía, y todo lo demás que es humano. Pero al mismo tiempo fue completamente Dios. Como dijo un predicador: No fue 99.86 por ciento de Dios. Toda la deidad habita en él. El 100 por ciento. No podemos llegar jamás ni de ninguna forma más cerca de Dios que estando con Jesús. Si hemos recibido a Jesús, ya hemos recibido a Dios.

Y así Pablo nos proclama que estamos completos en él. Primero proclama la verdad de que en Cristo tenemos completo perdón.

En realidad, tuvimos mucha necesidad de lo que Cristo nos ha dado. Pablo en nuestro texto describe nuestro estado sin Cristo con las palabras: “estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne”. Lo que David dijo de sí mismo es la verdad de cada uno de nosotros. “En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre” (Sal. 51:5). Desde que entramos en este mundo, los impulsos pecaminosos han determinado nuestros pensamientos y acciones. “Los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la Ley de Dios, ni tampoco pueden; los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Rom. 8:7-8).

Sin embargo, Dios exige que obedezcamos a su ley, so pena de muerte. “El alma que pecare, ésa morirá.” Y así, como pecadores, como los que no hemos guardado los estatutos de Dios y no pudimos hacerlo, estábamos muertos en delitos y pecados, muertos espiritualmente, separados de Dios; y condenados a la muerte eterna, la eterna separación de Dios en el infierno.

Nuestro texto se refiere a esta sentencia con el término: “el acta de los decretos que había contra nosotros”. Se refiere a un documento de adeudamiento, con las penas especificadas en caso de no cumplir con pagar la deuda. Melanchthon, en la Apología de la Confesión de Augsburgo, dice: “El acta es la conciencia, que nos acusa y nos condena. Ciertamente, la ley es la palabra que acusa y condena los pecados. Por tanto, la voz que clama: ‘Pequé contra Jehová’, como confiesa David (2 S. 12:13), es el acta. Mas los hombres impíos y convencidos de su propia perfección no lanzan esta queja en serio. Porque no ven, no leen escrita en su corazón esta sentencia de la ley. Esta sentencia se percibe en los dolores y terrores verdaderos. El acta es, entonces, la contrición misma que nos condena” (Apología, XII, 48). Estábamos obligados a cumplir la ley. Nuestra propia conciencia tiene que testificar que no lo hemos hecho. Así que sabemos bien que merecemos el castigo de Dios.

Pero ¿qué pasó con ese decreto de condenación? ¿Qué pasó con nuestra deuda impagable con Dios? Nos dice Pablo: “Él anuló el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, y la quitó de en medio clavándola en la cruz”. Cristo fue a la cruz. Sufrió el justo por los injustos. Como dice Pablo en 2 Corintios 5:21: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él”. Aquel hombre en quien habitaba toda la plenitud de la deidad corporalmente, aquel hombre que fue como nosotros en todo respecto, salvo sin pecado, aquel hombre inocente fue juzgado y fue clavado en la cruz. Y lo que Pablo declara en nuestro texto es que cuando esto sucedió, toda el acta de condenación de la ley que nosotros merecimos también fue clavada en esa cruz. Cuando los clavos penetraron sus manos y sus pies, cuando él murió en la cruz, murió también la sentencia contra nosotros. Queda sin efecto, porque la deuda fue pagada 100 por ciento por Cristo. Dios mismo en Cristo “la quitó de en medio”, de modo que ya no nos puede condenar ni aterrar.

Así Melanchthon sigue en la Apología: “Anular el acta es quitar de en medio la sentencia por la que declaramos que vamos a ser condenados, y grabar en nuestro corazón la sentencia por la cual tenemos la certeza de que hemos sido librados de aquella condenación. La fe es, por lo tanto, esta sentencia nueva que anula la anterior y devuelve al corazón la paz y la vida”.

Y porque el hombre que murió en la cruz en sustitución por nosotros es Dios mismo, el precio fue adecuado, la cuenta queda cancelada, el acta de los decretos ya no puede condenarnos ante el tribunal de Dios. Y porque el precio fue adecuado y la deuda se pagó por completo, la aparente derrota de la muerte de Jesús se convierte en la absoluta victoria. “Y despojó a los principados y a las autoridades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”. El pecado, Satanás, los demonios, el infierno, todos éstos han perdido su poder.

Y esta victoria el Salvador resucitado y triunfante la comparte con nosotros. “En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha por mano de hombre, sino por la circuncisión de Cristo, en la cual sois despojados de vuestra naturaleza pecaminosa. Con él fuisteis sepultados en el bautismo, y en él fuisteis también resucitados por la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos”.

El bautismo aquí se presenta como una circuncisión no hecha por mano de hombre. Consiste en ser despojado de la naturaleza pecaminosa. De hecho, ningún ser humano sería capaz de producir este efecto. Sólo Dios lo puede hacer, ¡y lo ha hecho! Mediante el bautismo y el evangelio, nos ha unido con Cristo personalmente mediante la fe. Nos ha unido a su muerte, de modo que hemos muerto al pecado, y nos ha unido a su resurrección, de modo que vivimos ahora por el poder de Dios en el cual creemos, el poder que levantó también a Cristo nuestro Sustituto de los muertos.

Aquí no estamos hablando de cortar un pedazo de carne sino de lo que eso simbolizaba, la creación de una nueva naturaleza y un nuevo corazón que confía en Cristo y su redención completa, y en gratitud se dedica a vivir para ese Señor. Sólo Dios, sólo Cristo mismo, el que ha triunfado sobre todos nuestros enemigos, nos pudo dar esta nueva vida que promete la victoria eterna.

Así con esa circuncisión, ese poderoso medio de gracia que es el bautismo cristiano, recibimos personalmente el perdón de pecados que Cristo ganó para todos con su muerte en la cruz. “Os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados”.

Somos completos en él. Tenemos el perdón completo de nuestros pecados. Y como el pecado es lo que nos trajo la muerte y la condenación, si tenemos el perdón, también tenemos la vida. En unión con el Cristo viviente, a quien hemos sido

unidos por la fe, gozamos ahora personalmente de este perdón y de su vida que dura por toda la eternidad.

Así no permitiremos que nadie nos engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas basadas en las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo. Reconoceremos que en Cristo tenemos todo. En Cristo Dios mismo se nos ha acercado en su gracia para obtener para nosotros y para asegurarnos del perdón de nuestros pecados.

Pero también en otro respecto somos completos en Cristo. En él tenemos completo poder. Pablo nos recuerda que estamos unidos a aquel que es “la cabeza de todo principado y potestad”. Así también nos exhorta: “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él”.

La relación que Dios ha establecido entre nosotros y el Cristo todo suficiente debe encontrar expresión constante en nuestra vida. Como él es la fuente de nuestra vida y el autor de nuestra vida nueva, todo lo que hacemos en cada minuto de nuestra vida encuentra ahora su fuente en él y su benigna voluntad.

Sabemos que nuestra carne pecaminosa todavía quisiera engañarnos alegando un derecho ficticio sobre nosotros, como si todavía estuviéramos bajo su autoridad y tuviéramos que obedecer sus impulsos. Pero Pablo aquí nos recuerda que no debemos dejar que nada afloje ni disminuya la relación que tenemos con Cristo. Debemos estar “arraigados y sobreedificados en él”. Nuestras raíces deben estar profundamente puestas en él, de modo que cada acción y pensamiento encuentre su motivación en él.

Debemos estar sobreedificados en él. Cristo debe ser el fundamento de todo lo que somos y hacemos. Así, recordando lo que somos en Cristo, no dejaremos que nada nos mueva de nuestro gozoso servicio de nuestro todo-suficiente Salvador. Al recordar lo que éramos antes, y el terrible destino del cual Dios por medio de Cristo nos ha rescatado, al recordar nuestro bautismo y la estrecha relación que Dios estableció con nosotros por medio de él, al alimentarnos diariamente con la meditación en la palabra que nos revela todo lo que Cristo ha hecho por nosotros, estaremos verdaderamente confirmados en la fe. Y nuestro corazón estará lleno de gratitud, de modo que sólo buscaremos las infinitas maneras de servir a Cristo y así decir con nuestra vida: “Gracias mil ofrezco a ti, pues moriste tú por mí”.

Así, ¿a dónde iríamos? ¿En dónde más podríamos encontrar una esperanza de salvación que no nos defraudaría? ¿Quién podría reemplazar a Cristo, nuestro único Salvador? Tenemos que contestar también con Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes las palabras de vida eterna. Tú eres nuestro todo suficiente Salvador. Teniendo a ti, tenemos todo. En ti somos completos. Alabado seas para siempre. Amén.